

Los que han tenido la buena suerte de ver por sí mismos algo de lo que nuestros cuadros reproducen, hallarán en estas páginas recuerdos que traen á la mente incidentes que de otro modo se borrarían para siempre; mientras que al describir á sus amigos la belleza de sitio encantador ó la suntuosidad de histórico edificio encontrarán en estos grabados un complemento á su oratoria.

Para unos y otros publicamos este libro, siendo nuestro objeto principal el transportar Paris al seno de cada familia, no por arte mágico, sino valiéndonos de nuestro sumiso esclavo, el sol. Con auxiliar tan poderoso ha preparado el Sr. Pepper una série de fotografías que añade nuevo laurel á los muchos que ya ciñen su frente; ayudándole para la parte descriptiva, Mr. de Taiguy, quien es reconocido hoy día como el erudito más competente en cuanto se relaciona con la historia de Paris.

No diremos más de un libro cuyo mérito no necesita blasonarse: "quien educa la vista, educa la inteligencia," es vulgar de puro conocido; todos sabemos que un cuadro encierra más lecciones que veinte páginas descriptivas. El viajero perspicaz, el hombre estudioso y cuantos admiran las inagotables bellezas creadas por el genio humano, hallarán en esta publicación cuanto hemos creído interesante, pictoresco y atractivo en la antigua corte de Luis XIV, que hoy día ostenta el título aún más noble y glorioso de "templo de las artes y madre cariñosa de los artistas."

Cual la diligente abeja vuela flor en flor recogiendo el jugo que más tarde formará delicioso panal, así hemos procurado nosotros hacer de estas páginas un ramillete delicado de las escenas variadas y siempre interesantes que á cada paso halla el turista en la capital francesa. Tal vez podrá decirse que los diversos grabados que presentamos ante el público se hallan mezclados "en deliciosa confusión," cual diría Quevedo; á esto contestaremos que las bellas mesas de mosaico que aún pueden admirarse en los antiguos palacios florentinos, no dejan de poseer artística excelencia y variedad agradable por hallarse formadas de piedras tan diversas como preciosas, produciendo un todo tan sorprendente como el que resulta de la mezcla heterogénea de personas y cosas que lleva el nombre de "Paris Moderno."

LOS EDITORES.

SUCINTA HISTORIA DE PARIS.



ABEMOS por la geología que el sitio en que hoy se halla enclavado Paris, la opima y riquísima, fué en un tiempo extensa marisma, guarida de hipopótamos, elefantes y feroces saurios; igualmente no ignoramos que las colinas circundantes, con particularidad Montmartre, eran principalmente formaciones calcáreas en cuyas excavaciones, naturales ó artificiales, moraban el hombre primitivo y sus feroces contemporáneos el león y oso de las cavernas y el tigre de poderosa mandíbula. En las inmediaciones de tan horrible paraje tuvo lugar larga contienda entre esos feroces animales y el hombre prehistórico, cuyos resultados pueden verse aún en la mezcla confusa de sus huesos que llenan las cavernas gredosas, y en las capas alternadas de aljez y marga. Qué contraste hay entre aquella época y la presente!

Es tan antigua la ciudad de Paris que no podemos hallar en la historia ni el nombre de su fundador ni la época. Cuando, cincuenta años antes de la era cristiana, Julio César invadió el occidente, la halló ya de tamaño considerable aunque mayormente formada de chozas de barro que, á manera de las de los indios, se hallaban esparcidas en un gran campamento, sin calle alguna. Llamábase la ciudad "Lutecia," que significa "moradores acuáticos," por hallarse situada en una sola isla del Sena, y ser la capital de los Parísios, una de las sesenta y cuatro tribus que formaban la confederación galicana. La invasión de César fué resistida con vigor, pero los patrióticos moradores, viendo que no podían contender ventajosamente con las legiones y armamento superior de los romanos, aplicaron la antorcha á sus viviendas, prefiriendo destruirlas á que cayesen en poder del invasor. Julio César tomó posesión de las ruinas, y despues de haber derrotado los galos empezó á construir de nuevo la ciudad con más solidez que él la había hallado.

Lutecia creció rápidamente bajo la dominación romana, y unos cincuenta años más tarde ocupaba ya una segunda isla en el Sena. Con su extensión á dos islas era menos vulnerable contra los ataques, pues las aguas profundas que la rodeaban servían de protección tan grande como hubiera podido serlo una muralla. Pero cuando ambas islas no permitían mayor expansión los ciudadanos más resueltos empezaron á edificar en los dos márgenes del río. Como la ciudad estuvo largo tiempo sin ataque ó molestia alguna, se extendió con gran rapidez, y cien años despues de haber sido ocupada por los romanos, el cómputo de sus habitantes se calculaba en cerca de cien mil almas. Los Parísios constituían la mayoría de los moradores que se habían obstinado en no asimilarse á los conquistadores, y solo se hallaban subyugados por la presencia de un considerable destacamento de soldados romanos, cuya opresión era muy rigurosa. Pero á pesar del aparato guerrero de los romanos, los indígenas continuaban mostrando un espíritu valeroso de independencia y finalmente, despues de aguardar durante dos siglos, hallaron ocasión de tomar la revancha. Consiguieron sembrar la discordia entre los romanos, y el año 286 de la era cristiana llevaron á cabo, con buen éxito, una revolución cuyo resultado fué que dos de sus jefes, uno Parísio y otro romano, fueron proclamados emperadores en un comicio que tuvo lugar en el punto en que hoy se alza el "Hotel de Ville" (Ayuntamiento). Los Romanos dominaron la revolución un año más tarde y con tal eficacia que la historia no ha podido transmitirnos los nombres de los dos primeros emperadores elegidos por el pueblo.

Conservó la ciudad el nombre de Lutecia hasta el reinado del Emperador Juliano (331-363), quien hizo edificar en ella un hermoso palacio de invierno, empezando luego á tratar de asimilar sus habitantes; mas, viendo la inutilidad de servirse de la fuerza, concedió ámplios privilegios al pueblo y acabó de conquistar su confianza y lealtad cuando cambió el nombre de la ciudad, dándole el de Parisii en vez de Lutecia que antes llevaba. Esta muestra de urbanidad para con los aborígenes dió tan buenos resultados que se operó pacíficamente una revulsión completa, llegando el pueblo hasta el punto de adoptar la religión de los romanos y levantar un templo magnífico á Jupiter en la isla donde primero se alzaba la ciudad primitiva. Bajo la dominación romana Paris creció rápidamente asumiendo pronto la importancia de metrópoli comercial. Los sucesores de Juliano mostraron tanta parcialidad por Paris que hicieron edificar allí varios palacios donde pasaban el invierno y donde residían cuando las legiones romanas luchaban con los bárbaros del norte. Las ruinas, cuidadosamente preservadas, de dichos palacios y termas forman, bajo el punto de vista histórico, una de las vistas más interesantes que ofrece Paris moderno.

Cuatro siglos despues del nacimiento de Jesucristo, había tomado tales proporciones el imperio romano y se hallaba tan asediado por sus enemigos que no podía dar á Paris suficiente protección por hallarse tan lejos de Roma; ésta fué la causa de que la antigua Lutecia se viese afligida por varias irrupciones, y el año 450 habría caído en poder del sanguinario Atila sino hubiese sido por las oraciones y la intercesión de Santa Genoveva, patrona de Paris. Cuenta la tradición que el año 449 predijo la invasión de los Hunos, y cuando estos se presentaron ante la ciudad, el año 451, parecía que iba á verificarse la profecía de Genoveva. Por medio de oraciones y abstinencias consiguió que las terribles huestes al mando de Atila, "el azote de Dios," se retirasen sin haber atacado la ciudad: sus reverentes y agradecidos compatriotas reputaron á las oraciones de la santa el haberse librado del saqueo y la destrucción de su capital.

Paris fué sitiado en 464 por Childerico I. rey de los Francos; más, aunque la población sufría los horrores del hambre, no se pensó siquiera en capitular. Santa Genoveva animaba la población y guerreros con su propio valor, y halló medio de obtener provisiones para la hambrienta muchedumbre. Por fin la ciudad tuvo que rendirse; pero las suplicas de la santa impidieron la matanza de sus habitantes, según la bárbara costumbre de la época. Santa Genoveva tiene muchos puntos de similitud con Juana de Arco; fué reverenciada por Clovis y enterrada cerca de dicho emperador en la iglesia de San Pedro y San Pablo. En el siglo trece se la confirió un honor aún más grande, pues se le erigió un magnífico templo, que durante muchos años era considerado como el Paladión de Paris. Muchos lustros despues, en 1757, se alzó á su memoria una iglesia monumental, diseño del célebre Soufflot, que recibió el nombre del Panteón, siendo bautizada de nuevo en 1852 bajo la advocación de Santa Genoveva, y secularizada otra vez en 1885 con su antiguo nombre del Panteón.

Childerico I. quebrantó el poderío romano en Paris. Su hijo Clovis abrazó el Cristianismo é hizo de la villa una ciudad Franca independiente; bajo su administración creció Paris con rapidez, tanto en poderío como en riqueza. El primer templo cristiano se alzó sobre las ruinas de un altar dedicado á Júpiter, en el mismo sitio en que hoy admiramos la catedral magnífica de Nuestra Señora (Notre Dame). La universidad de Paris fué construida algunos años más tarde, durante el reinado de Carlomagno; este gran genio, por sus talentos como guerrero, legislador y protector de las letras, puede considerarse la gran figura de la edad media.

Paris, durante su ocupación por los Francos, fué atacada de continuo por los romanos; sus ataques fueron más pertinaces y numerosos durante el siglo IX. No hay duda que hubiera caído en manos de los Césares si Oto, rico y noble señor feudal, llamado también conde de Paris, no hubiese volado al socorro de la ciudad con sus numerosos vasallos. Arrojo del país los invasores y, como recompensa de tan señalado servicio, fué proclamado rey de Paris en 885. Cien años despues Hugo Capeto, descendiente de Oto, fué proclamado primer rey de Francia; de él descienden todos los Monarcas Francos, hasta Luis XVI. De 885 á 1000 Paris dejó de ser capital autónoma de la monarquía Franca para elevarse á la categoría de metrópoli nacional: desde entonces le cupo el rango de ciudad de las más importantes en el mundo, no solo por su riqueza, población y poderío, sino también por ser centro de la enseñanza, pues sólo sus instituciones docentes la hubieran hecho famosa, y sus museos la habrían coronado con el título de "orgullo de la tierra."

La ciudad debe á Felipe Augusto (1180-1223) cuanto la gratitud más sincera puede expresar; este rey amaba Paris y lo cuidaba como hubiera podido hacerlo con respecto á un hijo predilecto. Comprendiendo el carácter traicionero de sus enemigos rencorosos, y realizando la poca seguridad de la plaza contra un ataque bien combinado de fuerzas numerosas, Felipe Augusto buscó protección por medio de alianzas poderosas y circundó Paris,—cuya área media ya 625 hanegadas,—con maciza muralla de piedra. Construyó también hospitales y mercados, extendió los privilegios de las universidades é introdujo una gran reforma haciendo que las calles fuesen bien empedradas.

No menos benéfico y sabio en gobernar fué su sucesor Luis IX. (1215-1270); amante de la cultura, llevó á cabo muchas reformas en pro de la educación y también para mejorar la condición del pueblo en general. Dictó así mismo numerosas medidas eclesiásticas, comerciales y políticas, siempre en bien de sus súbditos: durante su reinado, Roberto de Sarbon, capellán de palacio, fundó en 1250, con ayuda de su augusto soberano, el famoso instituto de teología de la Sorbonne, cuyo nombre se convirtió más tarde en Sorbona. En las páginas de la presente obra se hallará un grabado y descripción de la famosa universidad, cuyas decisiones, en materias religiosas, eran consideradas como oráculos.

Aunque Paris era el gran centro literario y teológico, y se habían llevado á cabo reformas de suma importancia, la ciudad languidecía por falta de seguridad, causada por los parisienses mismos: los motines eran muy frecuentes; y aunque á veces solo estaban limitados á choques entre distintas fracciones del populacho, en otras ocasiones tenían por origen el descontento de los señores feudales contra el soberano. En la época feudal de que nos ocupamos, los señores de hora y cuchillo tenían gran poderío; mucho de ellos contaban con grandes mesnadas, de que se servían para aumentar su propia influencia, ó acrecentar sus caudales por medio del saqueo. Eran por lo tanto, un peligro constante y una amenaza permanente contra la estabilidad del gobierno y la seguridad personal de los ciudadanos pacíficos. Para calmar el espíritu de facción que los agitadores habían continuado cultivando, ideó Felipe IV. (1268-1314) el cambiar las ideas del populacho, satisfaciendo el gusto general por las diversiones: con este objeto instituyó una serie de fiestas magníficas, y favoreció cuantas diversiones eran del agrado de sus súbditos. Fué el primero en establecer las representaciones teatrales, que luego quedaron como institución permanente.

Los monumentos arquitectónicos de Paris recibieron nueva adición bajo el reino de Carlos V. (1337-1380); este monarca hizo construir un gran palacio, llamada Hotel de Saint Pol, que fué más tarde el núcleo de la famosa Bastilla. El nuevo edificio era un bello ornamento de Paris y en caso de guerra hubiera sido excelente refugio, pues era casi invulnerable. Pero Carlos, no satisfecho aún y viendo que la ciudad había tomado gran incremento,—extendiéndose más allá de las

murallas construidas por orden de Felipe Augusto,—hizo que se construyera otra muralla de igual fortaleza para proteger un espacio de 1084 fanegas, extensión que había tomado la capital. Durante su reinado, y mayormente con su ayuda, se fundó la "Biblioteca del Rey," hoy conocida con el nombre de Biblioteca Nacional, la mayor que existe en el mundo.

Bajo el reinado de Carlos VI. (1368-1442), Paris, como el resto de Francia, tuvieron que sufrir mucho á causa de hambres, pestilencias y guerras entre bandos opuestos; estas últimas sólo terminaron con el desembarque de Enrique V. de Inglaterra, quien despues de haber ganado la batalla de Agincourt fué proclamado rey de Inglaterra y Francia.

En 1436, los ingleses fueron arrojados del país, pasando la corona de Francia á Carlos VII., el Victorioso (1403-1461); quien á la muerte de su padre tuvo que mantener sus derechos á la corona de Francia, por medio de las armas, contra Enrique VI. de Inglaterra y el duque de Bedford, quien, haciendo traición á su soberano, aspiraba también al trono francés. No hay duda que Carlos VII. hubiera perdido su corona, sin el oportuno auxilio de Juana de Arco, quien, despues de su victoria en Orleans, asistió á la unción de Carlos en Reims. Tales estragos habían causado los ejércitos contendientes dentro de la ciudad, que sus habitantes sólo veían al rededor suyo miserias y desolación: las calles, desiertas de transeuntes, estaban llenas de lobos que buscaban su presa entre los hambrientos y apestados. Las 300,000 almas que componían la población de la ciudad habían quedado tan reducidas en 1466, que fué necesario ofrecer á los malhechores de todos los países el que se hiciesen ciudadanos de Paris. Tal era el estado de la ciudad cuando el trono fué ocupado por Luis XI. (1423-1483). Este monarca reinó con tal sabiduría que Paris recuperó con rapidez su antigua magnificencia y poder: el rey fomentó las artes, el comercio y la industria, aumentó los privilegios de los ciudadanos, y estableció colegios de medicina, alumbrado público y un sistema postal que puso la ciudad en comunicación rápida con el resto de Francia.

Luis XII. (1462-1515) fué un gobernante sabio y enérgico, á quien sus súbditos llamaban cariñosamente "el padre del pueblo." Fué hábil diplomático y guerrero célebre, llevando sus victorias hasta otros países; y aunque hizo mucho en bien de Francia en general, se ocupó muy poco de Paris en particular. Francisco I., su sucesor (1515-1547) fué, por el contrario, muy apasionado de la capital, haciendo mucho para acrecentar su prosperidad material, así como para aumentar la fama de Paris como centro de cultura. Bajo su reinado se demolió el antiguo Louvre, alzándose en su lugar el actual y magnífico edificio del mismo nombre; empezó la construcción del magnífico ayuntamiento (Hotel de Ville), abrió nuevas calles, restauró los distritos arruinados y fundó un colegio libre.

Los progresos de Paris durante el reinado de ambos Luises menguaron mucho durante el reinado turbulento de Enrique II. (1519-1559): este monarca se hallaba bajo el dominio de influencias perniciosas, y á causa de las rigurosas medidas que adoptó, las guerras religiosas no tardaron en estallar. Sin embargo, su política exterior fué muy afortunada, pues tenía gran diplomacia para contraer alianzas provechosas, y estaba siempre listo para aprovechar la menor ventaja en su favor. Murió en un torneo á manos del capitán de sus guardias, pasando la corona á Francisco II., su hijo (1543-1560) y esposo de María Estuardo,—más tarde reina de Escocia,—con quien había contraído matrimonio á los diez y seis años. Durante su corto reinado de diez y siete meses, Francisco II. no se ocupó de Paris que, durante dicha época, fué teatro de sangrientas guerras de religión. El duque de Guise descubrió una conspiración dirigida por Condé, y puso á muerte sus promotores, salvándose él mismo sólo por la muerte del soberano, quien se creyó injustamente haber sido envenenado por su propia madre, Catalina de Médicis, la que fué regente hasta que su hijo, Carlos IX. (1550-1574) subió al trono cuando solo tenía diez años.

Enrique III. (1551-1589) último rey de la casa de Valois, fué el sucesor de Carlos. Su reinado fué notable sólo por la continuación de las guerras religiosas. Despues de haber sido derrotado en Paris por el duque de Guise, Enrique se retiró á Blois, donde convocó los Estados Generales; unido á Enrique de Navarra, marchó sobre Paris, pereciendo miserablemente durante el sitio.

Enrique IV., primero de los Borbones (1553-1610), se ocupó más de guerras que de Paris, siendo el último rey que ocupó el Louvre: fué asesinado por Ravaillac al cruzar las calles de Paris para ponerse al frente del ejército del norte.

Luis XIII. (1601-1643) aunque no residía en Paris pasaba grandes temporadas en la capital, y contribuyó mucho á embellecerla: completó el edificio que rodea el patio del Louvre y proyectó el ala que lo une á las Tullerías. Durante su reino Paris vió alzarse tres grandes instituciones: la imprenta real, el jardín de plantas y la academia francesa. El cardenal Richelieu, su ministro, construyó el palacio real, y cooperó al establecimiento de las instituciones arriba nombradas.

Luis XIV., el Grande (1638-1715), aunque residía en Versalles, no descuidó la capital: hizo construir una línea de boulevards enlazando la Bastilla con la Magdalena: construyó también el magnífico palacio de Versalles; llevó á cabo los tratados más importantes que Francia había llegado á obtener hasta entonces, y murió religiosamente, siendo muy lamentado por sus súbditos.

Luis XV. (1710-1774) estableció su residencia en las Tullerías: reconstruyó el palacio real, el del Eliseo (residencia hoy día del Presidente) y el palacio Borbón, destinado en la actualidad á Cámara de los diputados; edificó varias iglesias, estableció un colegio militar y la plaza llamada actualmente de la Concordia.

Luis XVI. (1754-1793) continuó las obras proyectadas por su abuelo y predecesor, inaugurando otras nuevas que llevó á cabo, tales como el hospital de la Salpêtrière, y la cúpula de los Invalidos, magnífico ejemplo de arquitectura, donde se halla sepultado Napoleon I. Hasta que la revolución no le obligó á ello, Luis vivía en Versalles, donde estalló el movimiento el 17 de Junio 1789; los Estados Generales se convirtieron en Asamblea Constituyente, que coartaba las prerrogativas del soberano. Viendo que no se hallaba seguro en Versalles, Luis se trasladó á Paris para obtener del pueblo que reconociese su supremacía ante la ley, pero se halló en terreno más peligroso todavía: la capital eligió un alcalde á quien se concedió tal poder moral, sino material, que el rey mismo no podía contrariarlo.

Cuanto había hecho para embellecer París, dándole los Campos Elíseos y muchos otros monumentos, no bastó para protegerle contra la oleada creciente de la revolución, cuyo primer acto patente fué la destrucción de la Bastilla, seguido, en Junio de 1792, por el secuestro del rey, á quien la guardia nacional salvó de las manos del populacho. Pero la invasión de Francia por los prusianos renovó la furia de la plebe que atacó las Tullerías; el rey se refugió en el palacio de la Asamblea, mas poco después, la Convención Nacional declaró la república, formuló cargos contra Luis XVI., le condenó por unanimidad el 14 de Enero de 1793, y seis días después fué guillotinado en la plaza de la Revolución, hoy plaza de la Concordia. Su esposa, María Antonieta, sufrió igual suerte en Octubre del mismo año; y ántes de que amenguase el reino del terror, mil quinientas personas,—la mayoría Girondistas,—perdieron la vida en la plaza de la Revolución.

La guerra entre republicanos y realistas continuó muy tenaz hasta que Bonaparte fué nombrado para mandar el ejército de la Convención, que obtuvo completa victoria sobre los realistas en Octubre de 1794. Desde esta fecha hasta 1814 la historia de París, como la de Francia se halla íntimamente unida á la de Napoleon, quien, como republicano, combatió siempre victoriosamente en Prusia, Austria y Egipto, hasta ser nombrado primer cónsul en 13 Diciembre 1799, continuando en dicho cargo hasta ser coronado por Pio VII. en la catedral de Nuestra Señora, el 2 Diciembre de 1804. París era aún la más bella ciudad del mundo y Napoleon no la olvidó; hizo construir palacios, arcos de triunfo y diversos monumentos, estableció escuelas, y contribuyó mucho á aumentar la belleza y utilidad de la capital. Pero aún bajo la dirección del gran Napoleon, el imperio no podía ser eterno; las conspiraciones reprimidas y las guerras consecutivas, con sus inmensos gastos, ocasionaron una decadencia, que culminó al fin en la derrota de Waterloo, seguida por la rendición de París, que fué ocupado por los ejércitos aliados el 30 de Marzo de 1814.

Luis XVIII. (1755-1824) ascendió al trono en estado de salud muy enfermizo; halló que los asuntos de Francia se hallaban en estado poco satisfactorio, y sólo pudo dedicarse á ellos, sin ocuparse mucho de París. Bajo su reinado, Francia fué restablecida en su antiguo poder y dignidad por el Congreso de Aix-la-Chapelle, en 1818.

Carlos X., último rey de la casa de Borbon, vivía en Saint Cloud; reinó solo seis años (1824-1830); la revolución de Julio le obligó á abdicar, muriendo desterrado en 1836.

Luis Felipe (1773-1850) fué proclamado rey el 9 de Agosto de 1830, después de haber pasado muchos años fuera de Francia; durante esa época viajó por varios países, visitando también América. Nombró Talleyrand embajador en Londres, y durante su administración fué opuesto por el partido conservador cuyo jefe era Casimir-Perier, abuelo del actual presidente de la república francesa. Uno de los acontecimientos principales de este reinado fué la fundación del museo nacional en Versalles; que aún no hallándose precisamente en París, puede considerarse como parte de la capital, aumentando mucho su reputación de centro científico. La nación gozó de paz relativa,—exceptuando algunos atentados contra la vida del soberano,—hasta que en 1847 la carestía de los víveres, ocasionada por las malas cosechas, fué causa de un motín, seguido de otros varios desórdenes que Luis Felipe contuvo con demasiada lentitud. A causa de esto, la revolución estalló de nuevo en Febrero de 1848; el rey se vió forzado á abdicar en favor de su nieto, su trono fué quemado en la plaza de la Concordia, y el Congreso de Diputados sancionó la abolición de la monarquía, declarando la segunda república francesa. Durante este reinado se hicieron muchas alteraciones que embellecieron mucho la plaza de la Concordia, entre ellas la erección de ocho magníficas estatuas—representando otras tantas ciudades considerables de Francia: también se restauró la catedral de Nuestra Señora (Notre Dame) y se dió más extensión al palacio del Luxemburgo y el Ayuntamiento.

La elección del presidente de la república tuvo lugar el 10 de Diciembre de 1848, recayendo la magistratura suprema en Luis Napoleon Bonaparte (1808-1873), quien fué nombrado por cuatro años. Poseía las dotes del gran Napoleon, y por un manejo astuto consiguió que en Diciembre de 1851 estallase una revolución cuyo último resultado fué ser reelecto por diez años, con un cambio en la constitución que le daba poderes monárquicos, de los cuales no tardó en aprovecharse. Segun lo había previsto, en Noviembre de 1852 el Senado sometió al voto popular la cuestión del cambio de la forma de gobierno; la inmensa mayoría votó en favor del restablecimiento del imperio, y Luis Napoleon fué aclamado emperador bajo el título de Napoleon III. Aunque su reinado fué tempestuoso, hizo más para hermostear París que cuanto habían llevado á cabo sus predecesores. Las maravillosas creaciones y mejoras de su época son, entre otras, la construcción de la Gran Opera, el hospital general (Hotel Dieu), las soberbias galerías que unen el Louvre y las Tullerías, el frontón del palacio de justicia, el tribunal de comercio, varias magníficas estaciones de ferrocarril, el viaducto de Auteuil, una docena de bellísimas iglesias, la primera exposición internacional de París y palacio de la industria (1855), extensión de la biblioteca nacional, establecimiento del museo de antigüedades francesas en el palacio Cluny, abertura de nuevas calles, ensanche de otras muchas y de las líneas de fortificación (1859), dando á París un área de 18410 hanegadas. Mas se acercaba un período de trastornos que dió rudo golpe á las mejoras inauguradas y concluidas por Napoleon. El plebiscito de 1870 había ya demostrado la tendencia republicana que dominaba en los grandes centros; poco importaba que la masa rural fuese aún imperialista; las ciudades importantes,—que tarde ó temprano deciden las cuestiones políticas,—eligieron candidatos republicanos, quienes hacían ruda oposición y adquirirían diariamente nuevos prosélitos. El emperador y sus consejeros creyeron que una guerra extranjera levantaría el decadente prestigio de la monarquía; la elección de un candidato para el trono de España fué el pretexto para el rompimiento de hostilidades contra Prusia. La guerra comenzó en Julio de 1870; el 2 de Setiembre tenía lugar la capitulación de Sedán, y dos días más tarde Jules Favre propuso á las cámaras francesas el destronamiento de Napoleon y la proclamación de la república. Ambas medidas fueron adoptadas; nombróse el gobierno de la defensa nacional, organizada por Thiers, quien poco después fué nombrado presidente de la república. Mas la caída de Napoleon no impidió que la guerra continuase; el ejército prusiano, después de otras victorias, atacó la capital el 21 de Setiembre, sin obtener grandes ventajas hasta que la insurrección estalló en París el 31 de Octubre, aumentando los males que ya existían y dando nuevo aliento á los sitiadores,

cuyas exigencias crecían á medida que la guerra civil tomaba incremento. La lucha entre ambos contendientes fué muy encarnizada; cada palmo de terreno era obstinadamente defendido, pero uno tras otro los reductos y baluartes cayeron en poder de Alemania, y el 27 de Diciembre empezó el bombardeo de la ciudad, causando inmensa destrucción. El hambre comenzó á sentirse; no había modo de combatir el nuevo enemigo, más terrible que los cañones prusianos; la ciudad carecía de provisiones por hallarse cortadas todas las vías; se oían sin cesar el grito del moribundo, el estruendo de las baterías y el derrumbe de casas y murallas. A pesar de tantos horrores, los franceses resistieron hasta el último instante, y sólo cedieron cuando el hambre y las balas habían causado tales bajas que era humanamente imposible luchar por más tiempo contra la peste, la indigencia y el furor de incesante cañoneo. Por fin, el 28 de Enero 1871 se firmaron los preliminares de la capitulación, y el 1º de Marzo los alemanes victoriosos entraban en París, que evacuaron al concluirse la paz definitiva. Mas apénas se habían retirado tuvo lugar un segundo alzamiento de los comunistas, en su mayoría miembros de la guardia nacional; la lucha entre el ejército y los voluntarios tiñó nuevamente de sangre las calles de París, cundiendo por todas partes la alarma y el terror. Los comunistas fusilaron sacerdotes, magistrados y otras personas notables que habían capturado al principio y guardaban como rehén; prendieron fuego al palacio de justicia, el ayuntamiento, Tullerías, ministerio de Hacienda, consejo de Estado, palacio de la legión de honor, destruyeron de igual modo manzanas enteras de magníficos edificios en la calle de Rívoli y causaron otros daños de consideración. También se preparaban á volar el Panteon y la catedral de Nuestra Señora; mas la victoria decisiva del ejército el 28 de Mayo junto al cementerio del "Père Lachaise," aniquiló sus malvados planes, y fué seguida por castigo ejemplar de los jefes revolucionarios.

Tales golpes había recibido París durante los horrores de 1870-71, brevemente descritos en las anteriores líneas, que al principio se temió nunca recobraría su antigua magnificencia; y en verdad, pocas ciudades hubieran podido resistir destrucción tan inmensa. El gobierno se refugió en Versalles,—donde aún se hace la elección del presidente de la república,—y París dejó de ser la capital suntuosa y culta: afortunadamente no se llegaron á realizar las tristes predicciones; la ciudad renació como por encanto, siendo su restauración tan rápida como su anterior progreso había sido maravilloso. La confianza se restableció; los parisienses, para probar al mundo atónito cual era su poder vital, organizaron la exposición internacional de 1878, que eclipsó en grandeza y magnitud cuantas se habían realizado anteriormente, y dió en perpetuidad á París el magnífico edificio del Trocadero. Otra nueva exposición, celebrada en 1884, dejó muy atras todas las anteriores; pero aún más grandiosa fué la de 1889, cuyo recuerdo será imperecedero mientras subsista la célebre torre Eiffel descrita y fotografiada en el presente volúmen.

Los desastres de 1870-71 se han borrado por completo, y París se ha rejuvenecido; en lugar de antiguos y feos edificios vemos alzarse hoy día elegantes y sólidas construcciones: la capital francesa ha recobrado su antigua preponderancia y es de nuevo la ciudad suntuosa por excelencia, el centro universal de las artes, la Meca de curiosos y turistas, el corazón de Europa intelectual: quizá no está lejano el día en que la antigua Lutecia sea digna rival de Roma por sus monumentos artísticos, y de Londres por el enjambre humano que, hallando estrechos los límites de la inmensa metrópoli, se desbordará por las planicies del Sena, buscando ancho campo á su siempre creciente progreso.